

ASTROLOGIA Y MEDICINA: SU RELACION A LO LARGO DE LA HISTORIA

Inmaculada GRANADOS MATA
M^a. Esther ALEGRE PEREZ

Departamento de Historia de la Farmacia
y Legislación Farmacéutica Facultad de Farmacia
Universidad Complutense. Madrid.

*"No acierto a comprender por qué los que
creen en los electrones se conceptúan me-
nos crédulos que los que creen en los
ángeles".*

Georges Bernard Shaw

Puede decirse que la cultura humana, en definitiva, no es más que el resultado de ir respondiendo a las constantes incógnitas que el Universo plantea al hombre: apenas éste cree haber dado una explicación cualquiera de ellas, surgen otras que le obligan a poner en juego todos los recursos intelectuales de que disponga. Es una larga cadena, la cual induce a pensar en la existencia de alguna ley cósmica que exija del hombre su participación en un juego eterno de preguntas y respuestas y, al mismo tiempo, le sea necesaria para su supervivencia como especie.

En ese prolongado camino, lo misterioso y lo mágico han acompañado siempre a la Humanidad. Admitido naturalmente por nuestros ancestros, evolucionó con ellos y, a través de innumeralbe avatares, subsiste aún en nuestros días, en los que una Ciencia moderna avanzada no ha logrado superar ciertos tabúes primitivos.

La Astrología pertenece a ese conocimiento que se ha dado en llamar "oculto". Muchos hombres, equivocados o no, pero en resumidas cuentas, buscadores de una verdad universal, se han esforzado en aprenderla y enseñarla. De ellos y del objeto de sus afanes trata este trabajo, que no pre-

tende aportar teorías innovadoras ni dictaminar sobre la credibilidad de la Astrología, sino exponer, brevemente la historia de sus conexiones con la salud humana.

Como quiera que no se persigue, ni muchísimo menos, una exhaustiva relación de los hechos, lo que, a buen seguro, proporcionaría una auténtica obra enciclopédica, esta páginas se circunscriben a una somera narración centrada geográficamente en Europa y el Oriente Medio. Por la razón expuesta, se han omitido intencionadamente las alusiones al saber astrológico desarrollado por otras culturas, tales como las sudamericanas precolombinas o las asiáticas más orientales, de cuya importancia son muestra, por ejemplo, los calendarios aztecas y el horóscopo chino, derivados del Tao.

Gran número de la Ciencias de la actualidad, hunden sus raíces en el más remoto pasado del hombre. Tal sucede con la medicina y la Astrología. Esta última, por medio de la observación de los cuerpos celestes y la posterior interpretación de sus posiciones relativas en el firmamento, pretendía explicar todo aquello que la Humanidad primitiva no era aún capaz de comprender.

El dolor y el sufrimiento físico, inherentes a la propia condición humana, son el origen mismo de la Medicina, pues en el alivio y desaparición de aquéllos, cifra ésta sus fines.

Pero una especie que ha de ordenar y comprender la totalidad del Universo que le rodea, no puede, al comienzo de tan ingente tarea, realizarla con perfección. Por ello, en los albores de la civilización, la Magia, la Religión, la Astrología y la Medicina mismas, así como otras muchas ramas del saber, hoy bien diferenciadas, se mezclan y confunden.

Para cualquier sociedad trivial, la división de ocupaciones era estricta, de forma que no todos los miembros eran capaces de interpretar el lenguaje de los cielos o de conseguir curar las enfermedades. Por razones que los antropólogos estudian, algunso individuos —quizás los más viejos, tal vez aquéllos que habían sufrido alguna experiencia considerada “extraña”—, se imbuían de una cierta autoridad sobre el resto de la tribu y eran los encargados de procurar la curación o interpretar el Firmamento y sus fenómenos, entre otras muchas funciones, cuyo análisis se escapa del alcance de este trabajo.

Estos personajes, en los que se reúnen, en curiosa mezcolanza, los papeles de jefe espiritual, “médico”, “científico”, sacerdote, etc. ..., son los que, en lenguaje vulgar, son conocidos como “brujos de la tribu”. Para nosotros, en ellos se encuentra el germen de los médicos actuales y de ellos surgirán los astrólogos de los que nos hablan los primeros testimonios históricos.

En Mesopotamia, bañada por las bíblicas aguas del Éufrates y del Tigris, se han encontrado referencias a cerca de tales individuos, grabadas en una estela pétreo de unos 5.000 años de antigüedad, semejante a la que contiene el famoso Código del rey Hammurabi. Son denominados “magos” y se afirma de ellos que actúan como médicos y que sus conocimientos se transmitían oralmente.

Originariamente, la Astrología mesopotámica se desarrolló en el seno de una de las etnias que habitaron la región: la cusitosemítica. Posteriormente, esta Ciencia fue llevada a Egipto y a la India, desde donde se introdujo más tarde en China.

La cultura que tuvo en Babilonia su capital, llegó a poseer notables conocimientos en Astronomía y Matemáticas. El cielo era estudiado desde los “zigurats”, edificaciones de forma tronco-piramidal con una pequeña estancia en su parte superior que hacía las veces de observatorio.

Los caldeos, unos de los habitantes de esta región, formaban, generalmente, la casta sacerdotal mesopotámica. A ellos en particular, y en razón a su puesto en el ordenamiento social, se deben notables adelantos en el terreno astronómico, imbricados —¡cómo no!— con las teorías astrológicas: establecieron las diferencias entre planetas y estrellas fijas, dividieron el firmamento en franjas, a las cuales donominaron “caminos celestes”, a fin de facilitar su observación y son los autores de los primeros intentos de división del Zodíaco en doce partes, aunque serían los griegos quienes la llevarían a cabo de esa manera. Estos magos-sacerdotes se dedicaban también a las artes adivinatorias, empleando siete sistemas distintos, entre los que se encuentra la interpretación de la posición y movimiento de los diferentes astros. (Los siete sistemas se basan en: Interpretar el vuelo de las aves; leer las entrañas de los animales; observar los reflejos del brillante; adivinación por el agua —Hidromancia—; astrología; observar el paso de las nubes y analizar la caída de los rayos).

Otra de las funciones de esta casta, era, como ya se ha dicho, el ejercicio de la medicina, para lo cual utilizaban su saber astrológico, en cuyas teorías se otorgaban al Sol cualidades terapéuticas. Para lograr la curación de un enfermo, se exponía su cuerpo a la acción de los rayos solares, al tiempo que se recitaba la siguiente invocación:

“Gracias a tí, SAMAS todopoderoso, el enfermo pasará el cambio lunar que había causado esta crisis. Envíale los rayos saludables que atenúen su enfermedad y que, por tu orden, se disipe ésta; que los ataques desaparezcan, que la crisis sea para bien y que el enfermo viva”. (SAMAS es el Sol, hijo de Nua, según la leyenda celeste mesopotámica).

La ceremonia debía realizarse en determinadas condiciones: fecha, hora, etc. ..., las cuales eran decididas por medio de los astros.

Cuando Alejandro, el macedonio conocido como "Magno" por la extensión de sus dominios, conquista los territorios mesopotámicos, la atención que en ellos despertaron los cuerpos estelares y el interés desplegado en pos de su conocimiento, han dado sus merecidos frutos: toda una teoría astrológica ha sido desarrollada, se ha establecido el curso diurno del Sol según las estaciones y la periodicidad de ciertos planetas; se ha fijado un método que sistematiza el estudio del cielo e incluso existen archivos donde se hallan registrados los eclipses acaecidos y se predicen algunos de los que han de suceder.

Quizas la invasión macedonia —a los historiadores corresponde determinarlos—, potenció el trasiego cultural entre los pueblos babilónicos y los que ocupaban la península indostánica. El caso es que el binomio medicina-astrología, presente en la civilización mesopotámica, aparece también en la tradición hindú. Sus libros religiosos hablan de fechas fijas para la realización de sacrificios, cuya finalidad es muy diversa. En sus páginas se expone, igualmente, que la vida proviene del cielo, que está lleno de "gérmenes vitales", los cuales difunden posteriormente en el aire atmosférico. De ahí la importancia que a los ejercicios respiratorios se otorga tanto en la Filosofía como en la Medicina hindú. Esta idea —transmitida a la inmensa China a través de los collados himaláyicos—, ha perdurado, en cierta forma, hasta nuestros días y, para comprobarlo, basta ojear cualquier tratado de yoga o contemplar las fotografías que nos muestran a cientos de personas de edades diversas realizando sus ejercicios en cualquier plaza del Pekín moderno.

También en China podemos encontrar otro típico ejemplo de la relación entre lo médico y lo celeste: la constelación *Ursa Maior*, (nuestra Osa Mayor), era adorada como deidad propicia a favorecer la concepción.

Entre los años comprendidos entre el 715 y el 332 a.C., muchos caldeos, miembros de la casta sacerdotal, emigraron a Egipto. Una vez allí, jamás revelaron sus conocimientos, por lo que los interesados en sus secretas artes, debían partir hacia la mesopotámica Caldea para aprenderlas. Este hermetismo será la causa de que magos y sacerdotes alcancen un poder comparable al de los mismos faraones.

Los cuerpos celestes tendrán una notable influencia en la vida cotidiana del pueblo egipcio: Ammon-Ra es el dios supremo, señor el Universo todo; Osiris es el Sol, fuente de vida y fuerza; e Isis es la Luna, protectora de las mujeres y los niños ... Las pinturas y bajorrelieves de esta cultura dan muestra fehaciente de dicha influencia.

La Medicina fue muy importante para el hombre egipcio, quien consideraba al dios Djoser, también conocido como Imhotep, como su creador, (según Gómez Caamaño, Imhotep fue el nombre que los egipcios dieron al médico —mortal— Djoser cuando lo divinizaron. Sin embargo, para Iru-retagoyena, Imhotep fue el nombre del primer médico del que se tiene referencias, el cual vivió durante el reinado del faraón Djoser, de la III dinastía, 3.000 a.C. aproximadamente).

Además existían otras divinidades que eran auténticos especialistas médicos: Khoussu era el psiquiatra y Set el epidemiólogo, etc. ... En muchos templos funcionaban una especie de Institutos, llamados *Casas de Vida*, en los que entre otras disciplinas intelectuales, se enseñaba, principalmente, la Medicina. Ciencia y Religión estaban ineludiblemente unidas en estas *Casas de Vida*, lo que de forma indefectible dio paso a la Magia y a la Astrología, la cual a su vez, con sus días fastos y nefastos, determinaba cualquier tratamiento médico. Hasta nuestros días han llegado fragmentos del llamado *Libro de los muertos* y de diversos papiros, en los que se prescriben prácticas médicas.

La Biblia nos cuenta la cautividad del pueblo hebreo en Egipto. Es posible que los largos años de cautiverio, adquiriera una serie de conocimientos astrológicos y médicos, entre otros, a través de la coexistencia con sus dominadores o bien se desarrollaran en su seno, durante ese tiempo de esclavitud, algunas ideas conseguidas en anteriores contactos con la antigua civilización mesopotámica. Lo cierto es que la Astrología está también presente en la cultura hebraica, que con los matices propios el monoteísmo de ésta y de su rígida ley mosaica, y su importancia dentro de ella es bastante notable. Como consecuencia de su mezcla con la mística judía, surgirá la Cábala, (literalmente, Cábala significa tradición. En sentido amplio, es la Mística judía), compendio esotérico cuya culminación tendrá lugar en plena Edad Media, cuando se escribe el *Zohar* o *Libro del Esplendor*.

Existían entre los hebreos determinados personajes, denominados profetas, que en un principio se dedicaban a la meditación, ejercían de rapsodas y tañedores de instrumentos musicales y oficiaban de adivinos. Introducida entre ellos la Astrología, se aficionaron de tal modo a la misma con el correr de los tiempos, que sus sucesores alcanzaron fama considerable en el Medievo.

La Grecia clásica, evidentemente, no podía estar al margen de las artes astrológicas. Mientras los imperios babilónicos crecían, para desaparecer luego y las dinastías faraónicas se sucedían a lo largo de los siglos, Grecia, a medio camino entre Occidente y Oriente, poseía su propia cultura, en la que

estaban incluidas las artes adivinatorias, cuyo medio principal era el oráculo: una conversación entre el dios y el sacerdote, con la ayuda de una pitonisa, que exigía de unas condiciones específicas para tener lugar. Cuando las expediciones de Jerjer y Darío llevaron, a través de Egipto, la Astrología a territorio helénico, sus oficiantes encontraron un campo abonado, pues el gusto que por la filosofía experimentaron los sabios griegos anteriores a dichas expediciones bélicas, les había llevado a interesarse por la esfera celeste, hasta el punto de que en varias escuelas se enseñaba que la fuente de la vida estaba en los cielos, mientras que era creencia general que los astro sino sólo avisaban de los acontecimientos futuros, sino que eran también la causa de los mismos. Este pensamiento, provocado por una fecunda imaginación popular, fue borrándose paulatinamente, al identificar astros y dioses. Este cambio no fue brusco; Platón, en el siglo IV a. C. propuso, como objeto supremo de culto un dios compuesto: Apolo-Helios, en el que se unían el dios mitológico y el Sol. Su contemporáneo Eudoxio, de la Escuela Ateniense, defendió el catasterismo según el cual, a cada personaje mitológico le correspondía una estrella. Más tarde, los astrónomos griegos impregnaron su ciencia de un carácter dualista, sumando al frío análisis de la mecánica celeste, la mágica vibración del Olimpo helénico.

En consecuencia, la Astronomía experimentó un gran avance, contando entre sus estudiosos a figuras tan significativas como Thales de Mileto, Anaximandro, Aristarco e Hiparco de Rodas.

Es precisamente Anaximandro a quien Plinio el Viejo atribuye los primeros pasos efectivos para llevar el círculo zodiacal, si bien, como ya ha quedado apuntado, fueron los mesopotámicos, con su sistema numérico, los que vislumbraron la idea de dicho círculo y su división en doce partes iguales. Hoy está generalmente admitido que la cristalización de tales suposiciones es un logro de la geometría griega en vez de una conquista de la aritmética de Babilonia.

Otro punto a tener en cuenta, es el cambio que la cultura helena provocó en la Astrología importada de Mesopotamia y Egipto, donde era una ciencia reservada a los poderosos, transformándola en algo asequible para cualquier mortal. En un lento proceso que dura decenios, la Astrología deja de ser "mundana", con dominio sobre el Universo, para convertirse en "personal", influenciando directamente al hombre. Como corolario del cambio, la Escuela Estóica, gracias a su mayor peso específico en las tareas de gobierno y a pesar de la oposición presentada por la Escuela Epicúrea, logra introducir un principio astrológico de causalidad en todas las ciencias. Este hecho se manifiesta en la Medicina cuando a cada órgano humano y a ca-

da una de sus funciones, se les asigna un planeta dominante o un signo zodiacal que les rige.

Las teorías médicas de los griegos, tan importantes que impregnaron a romanos y árabes y que fueron estudiadas en las Universidades europeas hasta mucho después del Renacimiento, estaban llenas de pinceladas del saber astrológico. Retornamos ahora a la faceta de historiador de Plinio el Viejo, quien nos relata en su “Historia Natural” algunos métodos curativos — utilizados en Roma, pero también practicados por los griegos con anterioridad—, entre los que se encuentra la sangría. Y nos describe el procedimiento para efectuarla, haciendo especial hincapié en “la consulta previa a los astros” y en los momentos adecuados para llevar a cabo aquélla:

“Los niños serán sangrados en Luna nueva; los jóvenes en cuarto creciente; los adultos en Luna llena y los ancianos, por fin, en cuarto menguante. La operación se realizará siempre a hora posterior a la salida del Sol”.

Así mismo, hace constar el estado en que se debe encontrar el enfermo, el cual “tendrá ya realizada la digestión”.

En torno al Estóicismo citado en párrafos anteriores, que consideraba al Universo como un gran organismo, cuyas fuerzas “simpáticas” actuaban necesariamente entre sí, lo que conducía a una íntima relación inevitable entre sucesos, destino y cuerpos celestes, convendría recordar que a esta doctrina se aproximaron las ideas surgidas de la unión entre la escuela médica del sobradamente conocido Hipócrates de Cos y la artes astrológicas, traídas estas por Berose, un sacerdote caldeo del templo de Marduk en Babilonia, que se estableció en la misma Cos unos dos siglos después de la desaparición del notable médico. Por tanto, todo en Grecia confluía para favorecer la intensa interpretación entre Medicina y Astrología. Incluso Platón redundará en estas hipótesis al afirmar que:

“Este mundo está inevitablemente vinculado a los movimientos del mundo superior; todo poder de este mundo está gobernado por los movimientos del superior”.

Y quizás estuviera escrito en estos astros el declinar helénico. Grecia, que durante siglos y siglos había irradiado cultura a toda la Humanidad, fue ocupada por las tropas de un naciente imperio de la cuenca mediterránea: Roma.

Cuando las legiones romanas llegan a las fronteras de la antigua Hélada, ya existían en Roma la Medicina y Astrología primitivas, procedentes de uno de los pueblos más enigmáticos en la Historia y del que, sin embargo, apenas se sabe algo: los etruscos. En Etruria, la Medicina era una mez-

cla de Magia, sacrificios y oraciones, sumándose a todo ello la Astrología. Como demostración de esta mezcolanza, podemos citar a dos personajes: el augur y el aurúspice. El primero tenía como única misión el interpretar el comportamiento y el vuelo de las aves para predecir acontecimientos futuros. El segundo añadía a esta función adivinatoria, la cual ejecutaba mediante el estudio de las vísceras de animales sacrificados, otra semejante a la de los astrólogos de cualquier época, pues con ella no sólo predecía, sino que proporcionaba, además, ciertos consejos para modificar una fatalidad aparentemente inevitable.

No obstante, a lo largo de la historia de Roma, no todo fueron facilidades para la Astrología. El propio Cicerón la rechazó y en el año 139 a. C., el pretor Cornelio Escipión Hispalo publicó un edicto en el que se prohibía terminantemente la presencia en Roma de los astrólogos. Pero a pesar de las adversidades, la Astrología adquirió carta de naturaleza, siendo plenamente aceptada en tiempos del Imperio, época en la que la mayoría de los emperadores tenían a su servicio un astrólogo personal.

Se escribieron algunos tratados sobre los cuerpos celestes y su lenguaje. Nigidius Figulus (100-44 a. C.), famoso erudito, es el autor de varias de dichas obras y, a su través, hizo admitir a sus contemporáneos el zodiaco griego y los decanatos egipcios. El "Astronomicón" es el título del más antiguo de tales tratados que se conoce, y en él se hace una complicación del saber astrológico adquirido hasta entonces. En su interior podemos encontrar relacionadas la Astrología y la Medicina; a cada signo se le hace corresponder una parte del cuerpo, mencionándose por vez primera el concepto de "hombre zodiacal".

Cuando un romano enfermaba, se hacía visitar por un médico, que le prescribía unas pócimas como remedio y le avisaba de que las mismas debían ser tomadas en las horas recomendadas por el "Petosiris". Era éste un tratado que tomaba el nombre de su autor, un astrólogo egipcio que disfrutó de fama en todo el Imperio, y en el que se hablaba, específicamente, de las relaciones entre la salud y los astros. El "Organon" —o "Esfera de Petosiris"—, tenía como finalidad la prevención de ciertas enfermedades por medio del uso de determinadas combinaciones numéricas.

A pesar de que, con cierta frecuencia, los gobernantes suprimían en sus edictos la autorización para aprender, enseñar o practicar la Astrología, ésta siguió adelante, unas veces a la luz pública y otras en secreto. Con el advenimiento del Cristianismo, las eventuales prohibiciones se convirtieron en una auténtica persecución, que se hizo más sañuda conforme la nueva religión iba ganando adeptos entre los gobernantes y poderosos. Se encarceló

y ejecutó a los astrólogos e incluso se llegó al prendimiento del todo aquél que osara, simplemente, hablar de los cuerpos celestes y su lenguaje. Muchos de los conocimientos que, acerca de esta disciplina, habían sido recopilados durante cientos de años en tratados u otros escritos, se perdieron entonces, ya que los poseedores de dichos documentos fueron obligados a su destrucción para no ser castigados a perder la vida.

Pero la Astrología no desapareció por este motivo. Se mantuvo aletargada y fue practicada en el más absoluto de los secretos. Paulatinamente, fue incorporando a su acervo las distintas ideologías que los pueblos invasores del Imperio, procedentes del Asia central y del Norte de Europa, poseían, asimilándolas o transformándolas. Más al fin tras varios siglos de secreto y ocultación, resurgirá, coincidiendo precisamente, con la expansión de la cultura árabe.

La ruina del mundo grecorromano, se completa posteriormente con un notable descenso de la sabiduría hindú y, en general, de todo conocimiento del mundo antiguo, dando lugar a una especial situación cultural, regida por una Ciencia mediocre y una Filosofía plagada de dudas. No obstante, en Siria e Irán, territorios del llamado Imperio Sasánida, se establecen unas renovadoras estructuras políticas, al entronizarse en Damasco en el año 661 de nuestra Era, como dueño absoluto, Moawiya, primer Califa de la dinastía de los Omeyas.

En las circunstancias expuestas, el pueblo árabe, galvanizado por la fe de una nueva religión: el Islam, protagonizará una revolución cultural semejante a la griega en importancia pero distinta en carácter. En tanto que aquélla era creadora y original, ésta poseía una impronta recopilación y preservación del saber antiguo. Al cabo de casi un siglo, se puede afirmar que la cultura musulmana entra realmente en la Historia, cuando Haroum-al-Raschid ordena que se traduzcan los textos científicos y filosóficos griegos. Los encargados de este trabajo, tremendamente preocupados por la exactitud de sus versiones, legaron a la posteridad unas traducciones extraordinariamente fieles a los originales, lo que más tarde facilitó su pasaje al latín, hecho que, a su vez, permitió que Occidente conociera las obras y el prensamiento clásicos.

El pueblo árabe gustará de las Ciencias empíricas y de lo mágico, aficiones que sólo aparentemente están en contradicción. Así, por ejemplo, frente a las innovaciones y mejoras terapéuticas, esencialmente impulsadas por la práctica y la experiencia, se observa la búsqueda, con motivaciones esotéricas y por meido de procedimientos alquímicos, e un “elixir vital” —la panacea—, capaz de curar cualquier dolencia.

La Astrología llega a los árabes a causa de su nomadismo, recibéndola de manos de los judíos. Una vez conocida, la introducen rápidamente en su ciencia, aplicándola a la realización y posterior explicación de sus experimentos. El Firmamento y la Alquimia, por ejemplo, formarán una pareja inseparable.

Dedicado a las artes herméticas, Geber (Abû Musa'Dajafab al-Sofý), fue conocido como "El Oráculo" por sus contemporáneos del siglo VIII.

Abû Bakr Muhammad ben Zakariyâ al-Râzî, llamado Rhazés, fue un persa que vivió en el siglo IX. Escribió cerca de 200 obras que versaban sobre los más variados temas. De ellas destaca una enciclopedia médica, el "Kitâb al-Hâwi", que fue titulada "Totum continens" en lengua latina. Llegó a ocupar el cargo de médico del Califa Haroum-al-Raschid; fue profesor de Medicina en Bagdad y gozó de justa fama.

Una de las figuras arábigas más notables y controvertidas es la de Abû Alî al-Husaym ben Abd Allâh Ibn Sînâ, a quien se conoce en Occidente por Avicena. También persa, consta que su nacimiento tuvo lugar en el año 980. Aunque de vida turbulenta, su capacidad intelectual está fuera de toda duda: tocó la Filosofía, la Medicina, la Alquimia, la Astrología, e incluso la Política; a la edad de veinte años había redactado ya su trabajo más significativo: el "Qânûm fi al Tibb" —"Canon de la Medicina"— en el que compendia los conocimientos médico-filosóficos que hasta entonces poseían los musulmanes y cuyas páginas sirvieron de guía para la enseñanza en las universidades de Lovaina y Montpellier, corriendo y el siglo XVII.

En el año 750, una sublección pone fin a la dinastía Omeya en el Califato de Damasco, al cual llegan los Abasidas. Huyendo de una muerte segura, un descendiente del último Califa Omeya se establece en el Norte de Africa, desde donde pasará a la península Ibérica, para afincarse definitivamente en Córdoba hacia el año 756. Su nombre es Abd al-Rahman ben Mu'awiya y se constituye en el primer Emir del Emirato cordobés, independiente de Damasco. A lo largo de doscientos años, una cultura de raíz musulmana va creciendo y se enriquece; a sus artífices se les conoce hoy bajo la denominación de andalusíes —andalusyyum—. Cuando el siglo X está mediado, aquella alcanza su cénit, bajo el gobierno de Abd al-Rahman, al que estudiamos en nuestros libros de *Histoire* con el nombre y ordinal de Abderramán III. Su poder le confirió tanta seguridad, que abandonó el título de Emir para tomar el de Califa, haciendo añadir a su nombre la frase "Al-Nasir lidim Allâh" (El que combate por la religión de Alá). En estas condiciones de independencia política respecto del Medio Oriente y de plenitud social e intelectual, son muchas las figuras destacables por su saber que, du-

rante algunos decenios, sugen en Al-Andalus. Espigaremos ahora un pequeño número de entre ella.

Tan buen médico como astrólogo, el madrileño de nacimiento y cordobés de adopción Abû al-Qâsim Maslama ben Ahmad al-Machrîti, viajó por Oriente y escribió el "Châfat al-Hakîm", un curioso tratado sobre astrología.

Nacido en Zahara, en la primera mitad del siglo X, Abulcasis, cuyo nombre árabe era Abû al-Qâsim Halaf ben 'Abbâs al-Zaharâwîm destacó como médico cirujano, siendo autor del "Tesrif", abreviatura del "Kitâb al tasrif liman 'agiza 'an al-ta âlîf", que era un tratado enciclopédico de Medicina. Pero sus actividades no se limitaron únicamente a la Medicina. Como astrólogo, escribió, con certeza, la obra cuyo título traducido es "Sumario de las Tablas de Albatenio". No existe tal seguridad respecto a la autoría del "Kitâb al-Anûa" o "Calendario de Córdoba", que unos atribuyen a Abulcasis y otros a su discípulo Arib ben Said al-Kâtîb.

Pero entre todos estos personajes, existieron algunos que rechazaron el esoterismo astrológico y partieron de un enfoque puramente material, logrando separar Astronomía y Astrología, desechando ésta y proclamando la exactitud científica de aquélla. Averroes y Maimónides son dos figuras representativas de este grupo.

De cuna cordobesa, Abû al-Walid Muhammad ben Ahmad Ibn Rusd, —Averroes—, (1126-1185) y Abû Mûsâ ben Maymûn ben 'Abd Allâh al-Qurtubî, —Maimónides—, (1135-1204), sustentan ideas semejantes. Musulmán el primero y hebreo el segundo, ambos se dedicaron a la Medicina, pero otorgándole en sus escritos indudable sentido filosófico, tendencia que en Averroes resulta mucho más acusada. Los dos simpatizan con la doctrina aristotélica y, con ella, participan del deseo de armonizar las teorías científicas con las creencias religiosas. En el año 1194, Maimónides, considerado ya en su época como un verdadero erudito, dirige una carta a los rabinos de Marsella, en la cual apunta las líneas definitorias de lo que él califica como verdadera Ciencia y hace condenación expresa de la Astrología, rechazándola categóricamente como disciplina científica.

En 1085, cuando Alfonso VI de Castilla conquista la ciudad del Tajo, ya existía la luego famosa Escuela de Traductores, donde sabios de todas las razas e ideologías, se preocupan por estudiar los textos clásicos, verterlos al árabe y al hebreo y, en general, llevar a cabo un análisis profundo de los conocimientos que estaban a su disposición. Tuvo el rey castellano el acierto de respetar la noble Escuela, que proseguirá su andadura intelectual hasta la llegada de Alfonso X, que, perdida ya gran parte de la preponderancia

de Córdoba, proporcionará a Toledo y a su Escuela de Traductores, los medios necesarios para conseguir fama universal.

Gerardo de Gremona (1134-1187), está considerado como la más clara inteligencia de la Escuela y, amén de trasladar los textos clásicos, se le supone como autor de opúsculos sobre Matemáticas, Alquimia y Astrología. Antes que él, fue famoso en Toledo Domenicus Gundialvus, del que se cree que copió algún tratado árabe sobre varias ciencias, entre ellas al Alquimia y la Astrología, titulándolo luego “Acerca de la división de la Filosofía” y reputándolo como obra propia.

Juan de Toledo fue colaborador de Gundisalvo. Tradujo al latín un considerable número de escritos astrológicos árabes. En su “Epítome”, alude repetidas veces a los astrólogos árabes e hindúes.

Siguiendo la Media Luna islámica, hemos avanzado rápidamente, pero, ¿qué ha sucedido en Europa desde el derrumbamiento del Imperio Romano?.

A finales del siglo V, caen los últimos reductos del vastísimo Imperio romano. Los valores culturales greco-romanos se suman en la confusión imputada por la derrota y posterior ocupación. Pero el siglo VI, algunos hombres dan los primeros pasos para la reconstrucción de la civilización occidental. Buscando principalmente nuevos caminos espirituales, sus normas de conducta son severas. Para conseguir más fácilmente sus metas, se agrupan y recluyen en lugares recónditos, con lo que hacen su aparición, respectivamente, las primeras Ordenes monacales y los primeros conventos. No pasó mucho tiempo hasta que la enseñanza de las más variadas ramas del saber se convirtió en una de las actividades principales de los monjes, lo que dio origen a las Escuelas Monacales.

También la Medicina estuvo presente en la vida monástica, aunque más como medio para mantener el cuerpo en buenas condiciones para meditar, trabajar y enseñar, que como tal especialidad científica.

Poco a poco, las enseñanzas impartidas se fueron estructurando, hasta que se formaron dos grupos, que, bajo los nombres de Trivium y Quadrivium, reunían, respectivamente a la Retórica, Gramática y Dialéctica; y, a la Aritmética, Geometría, Astronomía y Música. Será Carlomagno, en el siglo VIII, quien introduzca en estos estudios, ya como ciencia y bajo la denominación de Física, a la Medicina.

En el siglo VII, —casi simultáneamente con la Hégira—, la relativamente joven Orden Benedictina funda en Salerno, al Sur de Italia, un hospital. Cuando, al cabo de casi tres siglos, la tutela del mismo ha dejado de ser eclesial para convertirse en laica, la transformación experimentada en él ha si-

do enorme. Lo que nació como institución puramente sanitaria, evoluciona hasta convertirse en escuela avanzada, de corte liberal, donde son enseñadas las Ciencias Naturales, especialmente la Medicina y se admiten todo tipo de corrientes ideológicas, que se mezclan en un crisol místico.

En sus pabellones se escribieron bastantes obras científicas, pero entre las mismas, destaca la titulada “Regimen sanitatis salernitanum”, compuesta en verso ya mediado el siglo XII. Por extraño que pueda parecer, dado el origen cristiano de la fundación en la cual se redactó, este tratado reúne, por enésima vez, Astrología y Medicina, pues se ocupa, tras definir la última como creación divina para el beneficio humano, de la descripción de diversas medidas profilácticas y de su aplicación según las estaciones y meses del año, pero relacionándolas siempre con los distintos signos del Zodíaco.

Nacido, según las crónicas, el 23 de Noviembre de 1221, Alfonso X no iba a tener un reinado feliz en lo tocante al arte de gobernar. Sin embargo, su estrella estaba llamada a brillar, merecidamente, en el campo de las letras y de las ciencias. Era adepto a las artes esotéricas (mientras algunos historiadores, como Amador de los Ríos, quieren ver en el “Código de las Siete Partidas” una condena a todo lo que se pudiera englobar como ciencias esotéricas, otros, entre los que se cuenta Rico Sinobas, afirman que las censuras del rey hacia tales artes, sólo pretenden salvaguardar los auténticos conocimientos mágicos y astrológicos de aquéllos que carecían de ética y escrúpulos), afición que algunos atribuyen a su relación con un nigromante egipcio, que le inició en ellas e incluso le comunicó el secreto de la piedra filosofal, según relata el propio Alfonso en su obra “Tesoro”, específicamente dedicada a lo oculto. Define el rey la Alquimia como: “Astrología aplicada a la vida y transformación de los metales”. Es autor del “Libro del saber de Astronomía” y de las “Tablas astronómicas o alfonsíes”; en ambos, a pesar de su título, todavía se confunde lo astronómico y lo astrológico. Gracias a la ayuda de musulmanes y judíos, a los que, como gobernante, siempre respetó, consiguió introducirse en los círculos —exo y esotéricos—, del saber de la época, llegando a ser pieza fundamental para la comprensión de este última.

Al inicio de la Alta Edad Media, comienzan a generalizarse las ideas que pretenden establecer y definir las fronteras entre lo que se considere como Ciencia y lo que no. Siguiendo este propósito, algunos estudiosos se aplican con la Medicina y la Astrología, si bien, en muchos casos, más que separación total entre ambas disciplinas, se deseaba “limpiarlas” de toda traza de puperchería. A este grupo de hombres, pertenecían Averroes y Maímónides, a los que se ha hecho referencia y otros, como Alberto Magno,

Tomás de Aquino y Rogerio Bacon, educados en las Universidades recién creadas.

Pero la diferenciación que se perseguía, la cual, posteriormente, llevó al distanciamiento entre Medicina y Astrología, se halla aún lejos de realizarse por completo y, junto a las importantes personalidades antedichas, vivieron otras, no menos preclaras, que mantenían reunidas a las esferas celestes con las técnicas curativas. Como representante de estas últimas, puede citarse a Miguel Escoto, que estudió y tradujo algunas obras astrológicas árabes y llegó a ser astrólogo real en la corte del rey siciliano Federico II. *A su lado, no podemos olvidar a Raimon Llull y Arnáu de Vilnova.*

De cuna mallorquina, los primeros años de Llull se consumieron en una vida disoluta. Absolutamente contrario a las tesis de Averroes, en sus obras se relacionan la Mística, con la Numerología y el Cosmos, casi siempre a través de la Alquimia y utilizando una complicada simbología. Tampoco la Medicina escapa a su análisis y trata de ella, impregnándola de Alquimia y Astrología, en su "Testamento".

Arnáu de Vilanova fue médico de tres reyes: Pedro III, Alfonso III y Jaime II. En su mente, lo médico y lo astrológico va unido, conexión que se refleja en escritos suyos, tales como los "Cánones" o "Medicorum operum".

Ya en pleno siglo XIV, Pierre d'Ailly y Tomaso Pison, francés el primero y de Italia el segundo, pueden ser estimados también como miembros de este grupo que no separaba la Medicina de la Astrología.

Un nuevo siglo se inicia. Cuando toque su fin, una página de la Historia humana se habrá cerrado para dar paso a una nueva Era. Entre lo que va a morir y lo que está por nacer, se sitúa un importante hecho cultural, designado hoy con el nombre de "Renacimiento".

En los últimos años de la Edad Media, se experimenta un gran interés por el mundo clásico.

Un ansia de saber se adueña del hombre, obligándole a abandonar su lugar de origen para viajar en busca de nuevas cosas. Da comienzo así un tiempo de exploraciones, en muchos casos aventuradas, pero casi siempre venturosas, pues contribuyen a que los horizontes de la Humanidad se amplíen considerablemente.

Como consecuencia, nace un nuevo tipo humano, del que podemos encontrar una cumplida representación en la persona de Leonardo da Vinci.

Coincidiendo con este "renacer", hacen su aparición en Europa cierto número de nuevas enfermedades: el "tabardillo" (tifus exantemático), el "garrotillo" (difteria) y la sífilis. Los moralistas veían en el pecado de lu-

juría de los hombres la causa de estos males, juzgados como castigo divino; otros, sin embargo, achacaban el origen e la enfermedad a causas ocultas, tales como una determinada conjunción astral, la consumición de un vino diabólicamente fermentado, etc.

Médicos como Andrés Vesalio o Girolano Fracastorio, alejan lo mágico de la ciencia clínica, rechazándolo como causa de enfermedad y se enfrascan en el estudio de la Anatomía —en la cual el bruselese Vesalio destacó grandemente— o de la Epidemiología, especialidad de Fracastoreo, quien llegó a enunciar, por vez primera, la teoría del “contagio animado” o propagación del mal por gérmenes vivos.

Pero la figura más interesante, por sus contrastes, es, posiblemente, la de Theophostus Bombast von Hohenheim, conocido universalmente como Paracelso, alemán nacido en 1493 y fallecido en 1541. Rechaza a los clásicos, de los que sólo admite a Hipócrates, con el que está de acuerdo en la teoría de que hay que dejar que sea la propia Naturaleza quien cure. Sus ideas se fundamentan en la afirmación de la existencia de un paralelismo entre el micro y el macrocosmos. Relaciona decididamente la Astrología, la Medicina y la Alquimia: creía firmemente en el “elixir vitae” y se lanza a su descubrimiento con ímpetu; manifiesta que los médicos deben consultar a los cielos y sus esferas antes de escribir recetas, etc... . Considerado como precursor de la medicina homeopática, es, al mismo tiempo, el introductor de la Química en los tratamientos, habiendo preparado un buen número de compuestos de distintos elementos, todos con una finalidad terapéutica.

Contemporáneos de Paracelso y, al igual que él, creyentes en la Astrología y otras artes esotéricas, son: Juan Fernel, médico el Duque de Cleves y teorizante acerca de males y curaciones sobrenaturales; Jerónimo Cardan, autor de tratados sobre diversas enfermedades y practicante de la Quiromancia; Juan Wier, que ejerció sus actividades en la corte de M^a. Luisa de Saboya; etc... .

Aunque no ejerció la Medicina, Nostradamus —nombre latinizado que correspondía al misterioso Michel de Nostradame—, la conocía bastante bien, ya que su bisabuelo, Jean de Saint Rémy, era médico y se preocupó de transmitir sus conocimientos a su bisnieto. Así mismo, le enseñó latín, matemáticas y astrología. Posiblemente de no ser por su obra *La profecía de Arval*, Nostradamus hubiera pasado inadvertido por el mundo. Pero dicho libro profetiza una serie de acontecimientos, los cuales se han ido cumpliendo en su mayoría: la caída de la Monarquía en Francia, el advenimiento de la República, el Imperio napoleónico, etc... . Por ello, este gran astrólogo merece un lugar de privilegio en la Historia.

El “Renacimiento” español difiere del europeo por varias razones. En primer lugar, el feudalismo imperante en la España medieval retarda los cambios sociales. Luego, la Reforma luterana, de amplia difusión en Europa, se ve detenida en la barrera natural de los Pirineos. El ideario filosófico del Humanismo no encuentra acomodo inmediato en nuestro país y, por ende, toda nuestra cultura foránea es sometida, así de forma sistemática, al juicio de la Inquisición. No es de extrañar que, aunque, curiosamente, el siglo XVI sea el más brillante de la historia de la Universidad española, las ciencias esotéricas sean consideradas malignas o diabólicas, con lo que se acentúa, más que en ningún otro sitio, su separación de las ciencias “oficiales”, pasando aquéllas a ser “cosa de brujas y de hechiceros, hijos de Satanás y de sus obras”. No obstante, las corrientes europeas, al menos parcialmente, van penetrando en la península Ibérica y, mientras se multiplican las actuaciones del Tribunal de la Inquisición y, consiguientemente, los autos de fe, un aire humanista comienza a soplar entre los intelectuales españoles en general y los médicos en particular. Superado el recelo inicial, fueron muchas las personalidades españolas que destacaron en la Medicina. De ellas, cabe nombrar a: Miguel Serveto, descubridor de la circulación menor de la sangre y quemado en la hoguera por los protestantes a causa de sus poco claras ideas teológicas; Francisco López de Villalobos y Rodrigo Ruíz Díaz de Isla, ambos epidemiólogos; Luis Mercado y Juan de Villareal, escritores sobre el “tabardillo” y el “garrotillo, respectivamente; por último, dos figuras descolantes: Andrés Laguna, compilador de Dioscórides y, Francisco Vallés, quien recibió de Felipe II el título de “Divino”. Comparándolo con los de la anterior relación, resalta el nombre del Alfonso López de Corella, más tan sólo por ser el autor de la obra “Secretos de Philosophia, Astrología, Mathematicas, Ciencias y Medicina”, en la que sorprende ver mezcladas, en esa época, las ciencias tenidas por “puras” con las que se consideraban como “Saberes mágicos y filosóficos de baja altura”.

Si resulta fácil encontrar noticias sobre los médicos españoles del XVI, no sucede lo mismo con los astrólogos. A raíz del declinar hispanárabe en España, culminado en la conquista del Reino de Granada en 1492, el esoterismo perderá prestigio progresivamente. Si a ello sumamos el celo desplegado por la Inquisición y una especie de “Alergia” nacional a lo nuevo y lo extraño, de lo que tenemos concluyentes pruebas en la política cultural y religiosa desarrollada con los aborígenes de la recién descubierta y constantemente explorada América, es fácil comprender que las artes de la Ma-

gia, la Astrología, la Adivinación, etc..., se sumerjan en una celosa clandestinidad. Al poco, todo lo relativo a ellas se hablará a media voz, y se adornará con fantásticas historias.

Mientras tanto, en la Europa que se abre a un nuevo siglo, el decimoséptimo, cada vez se va haciendo mayor alejamiento entre Medicina y Astrología. Los términos se han invertido y, al igual que en tiempos pasados era raro encontrar un médico que no ejerciera simultáneamente de astrólogo, ahora es extraño hallar que no separe ambas actividades.

Pero, a pesar de todo, determinados filósofos, científicos y eruditos de talla, continuaron prestando atención a la Astrología, aunque ya de forma aislada. Podemos citar a los filósofos Francis Bacon (1561-1626), inglés y René Descartes (1596-1650), francés. Al médico inglés Harvey (1578-1657), descubridor de la circulación sanguínea mayor. Al también inglés Newon (1642-1727), físico, a quien debemos, como aportación principal suya a la Ciencia, la teoría sobre la gravitación universal,

Es digno de mención aparte el francés Morin de Villafrance (1583-1686), astrólogo notable y autor de un tratado que tituló "Astrología Gallica".

No cambian las cosas en el siglo XVIII y sólo anecdóticamente se puede hablar de Astrología, que permanece en la vida popular gracias a unos Almanagues astrológicos, con reminiscencias caldeas, y en los que se podían encontrar, abigarrada mezcla, consejos para la salud humana y la del ganado, predicciones meteorológicas, etc... . Como en el siglo anterior, algunos estudiosos perseveran en el aprecio de las ciencias esotéricas de forma abierta, sin clandestinidad. Y como en la centuria pasada con casos aislados. Herschell y Huygens, dedicados a la Astronomía y la Física, pertenecen a este grupo de hombres, al igual que el inglés Nicholas Gulpeper, — que en su obra *The english physician enlarged*, consagra un capítulo al análisis del "Huerto de las estrellas y su gabinete de medicinas"—, o el médico Antonio Mesmer, partidario decidido de las tesis que defienden la influencia de los planetas sobre el cuerpo humano.

Y pasando al siglo XIX, en el que prosigue la tónica de distanciamiento entre la Astrología y Medicina, y en el que apenas se encuentran hechos interesantes par el propósito de este trabajo, llegamos a nuestros días.

La Astrología, quizás para no desmentir su incremento en épocas de inestabilidad, experimentó un fuerte resurgir en el período comprendido entre las dos Guerras Mundiales, ayudada, tal vez, por el descubrimiento de nuevos planetas (Neptuno había sido descubierto por Adams y Leverrier en 1846. Tombaugh hizo lo propio con Plutón en 1930).

Durante el segundo de dichos acontecimientos bélicos, los nacional-socialistas alemanes le otorgaron gran importancia, manifestando, igualmente, un notable interés por la figura y predicciones de Nostrdamus.

Muchos son los científicos y humanistas que, como Bradley, Barbault o Baccarat, se ocupan en la actualidad de la Astrología. Algunas escuelas médicas, como la de Tchijevsky, Romensky o la del japonés Takata, tratan en estos momentos de armonizar su saber médico con los antiguos conocimientos herméticos.

Tchijevsky, profesor de Historia en Moscú, sostiene que hay relación entre las grandes epidemias y las manchas solares.

Takata, médico y profesor en la Universidad de Tho, en Tokio, relaciona la variación de la composición y floculación del suero sanguíneo con ciertas manchas solares.

Por su parte, Romensky, director de un Comité de Salud pública soviético, teoriza sobre la incidencia de las erupciones solares en el infarto de miocardio.

Por el momento y como dijo Carl Gustav Jung, otro estudioso de a ciencia astral en su relación con la psicología humana.

“... Hoy, de las profundidades de la sociedad, la Astrología llama a las puertas de las Universidades, de donde fue expulsada hará unos trescientos años”.

A la sombra de estas ideas surge la Astrodiagnósis, fundamentada en la prevención o diagnóstico del mal, en base a la carta astral el paciente y la fecha de comienzo de aquel.

Se apoya, principalmente en dos teorías: la ley de polaridad planetaria y la de correspondencia. La primera trata de la ligazón existente entre el magnetismo que ejercen los astros —mundo de las causas— y sus consecuencias sobre la Tierra —mundo de los efectos—. La segunda, viene a resumir la unión entre micro y macrocosmos, pilar de la ciencia astrológica.

Según la ley de correspondencias, las diversas partes del cuerpo humano están ligadas a las distintas divisiones de la bóveda celeste y a sus estrellas. Haremos un rápido recorrido sobre el efecto regulador y patógeno de los doce signos zodiacales.

Aries (21 marzo-20 abril): rige la cabeza, el cerebro, la cara, a excepción de la nariz y los sentidos, hecha salvedad del oído, dominado por Tauro.

Tauro (21 abril-20 mayo): gobierna el cuello, la garganta, paladar, la laringe y amígdalas, mandíbula inferior, oído, vértebras cervicales, arterias caróticas y vena yugular.

Géminis (21 mayo-20 junio): manda en brazos, manos, hombros, pulmones, timo y costillas superiores.

Cáncer (21 junio-22 julio): controla el esófago, el estómago, el diafragma, el páncreas, las glándulas mamarias y los lóbulos superiores del hígado.

Leo (23 julio-22 agosto): domina el corazón, región dorsal, columna vertebral y aorta.

Virgo (23 agosto-22 septiembre): impera sobre la región abdominal, los intestinos, lóbulos inferiores del hígado y del bazo.

Libra (23 septiembre-22 octubre): rige los riñones, cápsulas suprarrenales, vejiga, uréteres, región lumbar de la espina dorsal y el sistema vasomotor.

Escorpio (23 octubre-21 noviembre): controla vejiga de la orina, vesícula biliar, región púbica, genitales, próstata, colon descendente y la nariz.

Sagitario (22 noviembre-21 diciembre): gobierna las caderas y muslos, fémur, ileón, coxis, regiones sacras de la espina dorsal, arterias y venas ilíacas y los nervios ciáticos.

Capricornio (22 diciembre-20 enero): regenta la piel y las rodillas, cabellos y huesos en general.

Acuario (21 enero-19 febrero): domina sobre las pantorrillas, tobillos y el sistema vascular en general.

Piscis (20 febrero-20 marzo): manda los pies, los dedos de los mismos, con sus músculos y huesos, así como en los pulmones y la nariz.

Cuando uno de estos signos está afligido (se dice que un planeta está afligido respecto a otro cuando su posición relativa forma ángulos considerados tradicionalmente como de mal agüero. La oposición es una forma de aflicción y se da cuando el ángulo es de 180°), los nacidos en el período que aquél abarca, tienden a padecer —o a ver aumentada su propensión astrológica hacia ellas—, las enfermedades propias de los órganos o funciones a los que el signo rige.

Pero no sólo los signos zodiacales influyen en el hombre. También los planetas actúan sobre él de distintas formas. A ellos deben añadirse otros dos astros: la Luna y el Sol. El efecto de uno cualquiera de estos cuerpos celestes en un individuo, es función de su situación relativa en la carta astral: decanato que ocupa, ángulo respecto a determinados puntos, etc. ... Junto con ésto, se ha de considerar que unos cuerpos son benéficos, otros neutros y el resto maléficos y que su acción puede verse disminuída o aumentada por diversos factores ...

Una serie de interesantes y complicadas teorías se ciñen en derredor de estos conocimientos. ¿Quién sabe lo que el futuro nos reserva?.

BIBLIOGRAFIA

- APONTE, J.: *Extrajoblanco*, Nº 14, Barcelona, 1974, págs. 25-55.
- BENITEZ, J.J.: *Existió otra Humanidad*, Madrid, 1977.
- BOMPARD, J.: *Enciclopedia de las Ciencias Ocultas*, Fac. nº 3, Madrid, 1977, págs. 41-50.
- DIAZ PLAJA, F.: *Otra Historia de España*, Barcelona, 1973.
- FOLCH JOU, G.: *Historia de la Farmacia*, Madrid, 1972.
- GARCIA FONT, J.: *Historia de la Alquimia en España*, Madrid, 1976.
- GAUQUELIN, M.: *Los relojes cósmicos*, Barcelona, 1976.
- GOMEZ CAAMAÑO, J.L.: *Páginas de Historia de la Farmacia*, Barcelona 1970.
- HADES: *El Universo de la Astrología*, Barcelona, 1975.
- HEINDEL, M.: *El mensaje de las estrellas*, Madrid, 1979.
- IRURETAGOYENA, V. de C.: *Perfiles astrológicos*, Madrid, 1978.
- LEEK, S.: *Enciclopedia de las Ciencias Ocultas*, Vol. 1, Fac. nº 2, Madrid, 1977, págs. 21-28.
- LEVI, E.: *Dogma y ritual de la Alta Magia*, Buenos Aires, 1977.
- SCHOLEM, G.: *La Cábala y su simbolismo*, Madrid, 1979.
- SCUEZEC, G.: *Diccionario de las artes adivinatorias*, Barcelona, 1973.
- ZANIAH: *Carta astrológica. Claves y glosario*, Buenos Aires, 1977.